



CULTIVAR EL ASOMBRO POR LA «VÍA DE LA BELLEZA»

por Aquilino Cardenal Bocos Merino CMF

Decía Kafka: «*La juventud es feliz porque posee la capacidad de ver la belleza. Es al perder esta capacidad cuando comienza el penoso envejecimiento, la decadencia, la infelicidad*». Janouch le preguntó: «¿Entonces la vejez excluye toda posibilidad de felicidad?». Y Kafka respondió: «*No. La felicidad excluye a la vejez. Quien conserva la capacidad de ver la belleza no envejece*».

Asombro y belleza

El término asombro es escurridizo y rebosa matices oscilantes tanto si se acentúan vertientes positivas como negativas. Es difícil no mezclar la intuición, el lenguaje lúcido y plástico, y la metáfora. A veces muy distantes como el éxtasis y el espanto; la disipación de la sombra y el desvelamiento de la verdad. En el asombro se agudizan los sentidos, especialmente el oído y la vista. El asombro está vinculado a lo imprevisto, a la sorpresa, al descubrimiento de algo insólito y maravilloso que nos sobrepasa. Es una irrupción de lo inesperado. También va unido al encanto por lo nuevo que sorprende y agrada¹.

Para J. W. Goethe «el punto más alto al que puede llegar el hombre es el asombro». El asombro es una conmoción interior que nos estremece, fecunda la calidad de vida humana y abre la puerta a la veneración de la dignidad de la persona y del misterio de Dios. El asombro suscita una nueva conciencia en quien lo experimenta. Tiende al reconocimiento de algo distinto y maravilloso en los pequeños acontecimientos de la vida ordinaria que remite a nuestras raíces y a nuestra plenitud.

Volver a tener capacidad de asombro es volver a la simplicidad, a la inocencia, al frescor de la infancia, donde no hay cálculo y todo es gratuidad y espontaneidad. Pero, ¿quién nos devolverá a ese estado de inocencia que se asombra ante lo desconocido, que vibra ante lo nuevo, que se admira ante lo sublime y que se queda encantado ante el amor? ¿Quién curará la ceguera e insensibilidad ante las carencias y sufrimientos humanos? ¿Cuánto colirio habrá que comprar? ¿Quién romperá las cadenas del secuestro ético, estético y religioso que padece nuestra sociedad?

¹ Silvano Petrosino, al hablar del asombro, indica: «así como no hay asombro sin sorpresa, análogamente no hay asombro sin pregunta. La recuperación del sujeto y su avanzar más allá de la impresión de la fascinación sucede en la pregunta, o como pregunta y, precisamente a través de la pregunta, él mismo interviene, saliendo a su encuentro y, en cierto sentido, animando al esplendor que le anima y que le sale al paso. Estos 'dos' rasgos se relacionan mutuamente; en la experiencia del asombro, la sorpresa va acompañada siempre de la pregunta y la pregunta se impone siempre como forma de la sorpresa». SILVANO PETROSINO, *El asombro*, Encuentro, Madrid, 2001, p. 80. Se expresa en semejante sentido JOSEP M. ESQUIROL, *El respeto o la mirada atenta. Una ética de la ciencia y la tecnología*. Gedisa, Barcelona, 2006, p 89 y ss.



Para cultivar el asombro conviene recorrer la vía de la belleza. De hecho, la belleza es siempre sorprendente; estremece, dinamiza y ensalza, aunque también descoloca.

Hablar sobre la belleza es sólo balbucear. Por muchos aspectos que toquemos siempre nos parece que lo mejor, lo más encantador y sublime ha quedado por decir. Sin embargo, la contemplación de la belleza, aun entre balbuceos, siempre suscita el asombro y el encanto de vivir².

En nuestra limitación, tan solo podemos acercarnos a ella por aproximaciones. De hecho, la belleza es aparición, no apariencia. Como nota D.M. Turollo: «La belleza se contempla, no se define. Más que la palabra, le conviene el silencio. Ni siquiera soporta parangones. Se compagina, eso sí, con el bien y la verdad». La belleza no lo es todo, pero sin ella, es difícil poder apreciar lo verdadero y lo bueno. Sin la belleza no hay armonía ni comunión; no hay unidad.

De ahí, que sea la vía de la belleza la más sublime para cultivar el asombro y situarnos en el misterio. Es más, la belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro (Juan Pablo II).

En una conferencia, dada aquí en Madrid hace unos años, Mario-Giuseppe Lepori, afirmó: «El hombre que no se asombra ya no es hombre. Pero para asombrarse, el hombre necesita de una belleza delante de sí, de una belleza que no produce él, que no posee, es decir, una belleza donada. El verdadero misterio de la belleza, que identifica el hombre desde el origen, es su gratuidad. -Gabriel Marcel decía: «Lo más profundo que hay en mí, no procede de mí»-. El hombre está hecho para percibir y acoger la belleza como don, para reflejar y por tanto manifestar la belleza como gratuidad dada, como gratuidad de Otro».

Las fuentes de la belleza

La naturaleza, el hombre y el arte siempre se han considerado fuentes de la belleza, y a ellas va unida la forma de expresarse, percibirla y manifestarla. Es bella la naturaleza y es bello lo elaborado por el hombre: la música, la poesía, la escultura, la arquitectura...

Cario Rubbia, Premio Nobel, ha dicho: «Cuando observamos la naturaleza quedamos siempre impresionados por su belleza, su orden, su coherencia... Para mí está claro que esto no puede ser consecuencia de la casualidad, una combinación del azar. Hay evidentemente algo o Alguien haciendo las cosas como son. Vemos los efectos de esa presencia, pero no la presencia misma». Lo mismo pensaba Max Planck: «La ciencia es incapaz de resolver el misterio último de la naturaleza... La ciencia descubre un nuevo misterio cada vez que resuelve una cuestión fundamental». Y añade: «La pregunta une a los hombres; la respuesta los separa»³.

Pero, curiosamente, hoy, hablar de la belleza puede parecer ‘incongruente, inconveniente, provocador y casi escandaloso en estos tiempos de miserias omnipresentes, violencias ciegas y catástrofes naturales o ecológicas’ (citando a François Cheng). En esta etapa de la historia, subyugados por una pandemia y por la guerra que están dejando al descubierto nuestras falsas seguridades, necesitamos preguntarnos: «¿Qué puede volver a dar entusiasmo y confianza?, ¿qué puede alentar al espíritu humano a encontrar de nuevo el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar con una vida digna de su vocación, sino la belleza?». (Benedicto XVI). Todos llevamos dentro una sed, una aspiración, un anhelo de plenitud que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. (cf. ‘Fratelli Tutti’, n.55).

Hacia el misterio escondido

El gran premio Nobel, Albert Einstein, hizo estas dos afirmaciones: «La experiencia más bella y profunda que puede tener el hombre es el sentido de lo misterioso». «El misterio es la cosa más bonita que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos».

Cualquiera que se interese por la belleza, tras recorrer extraños vericuetos y constatar largas disquisiciones, acabará recordando con Platón el proverbio: «Lo bello es difícil». Nadie que tenga experiencia de la belleza la

² ¡Con cuánto acierto lo expresó san Agustín!: «Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenían muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera». *Confesiones*, X, 27.

³ Cf. JUAN PLAZAOLA, en (AA.VV) *Arte y parte en la sociedad del espectáculo*. Universidad de Deusto, Bilbao, 2005, pp. 186-187.

va a olvidar por la huella, por la herida que produce su fulgor en quien la contempla. Una huella que, por otro lado, como apunta Hölderlin, deja paz interior, pues en lo bello reside lo divino. Simone Weil añade algo más: «El amor al orden del mundo y a su belleza es el complemento del amor al prójimo». Y prosigue: «La belleza del mundo es la aportación de la sabiduría divina a la creación». (...) «La belleza es la única finalidad en este mundo». En efecto, la belleza nos fascina y estremece, nos envuelve y sobrecoge. Nos trasciende de modo tal, que suscita en nosotros la nostalgia del Absoluto y nos deja su huella, su herida de anhelo infinito⁴.

En el Mensaje del Papa Francisco, a través de la carta del Secretario de Estado Vaticano, al Mitin de Rímini (18-23, agosto, 2020) decía: «El asombro es realmente el camino para recoger los signos del sublime, es decir de ese Misterio que constituye la raíz y el fundamento de todas las cosas. De hecho «no solo el corazón del hombre se presenta como un signo, sino también toda la realidad. Para interrogarse frente a los signos es necesaria una capacidad extremadamente humana, la primera que tenemos como hombres y mujeres: el asombro, la capacidad de asombrarse, como la llama Giussani. Solo el asombro conoce»⁵.

La belleza llama y establece un diálogo permanente

La belleza llama a todas las cosas hacia sí misma. Romano Guardini, en su estudio sobre el universo religioso de Dostoyevski, comenta: «La belleza es el modo que tiene el ser de cobrar un rostro ante el corazón y con él hacerse elocuente. En la belleza hácese el ser poderoso por el amor y al conmover el corazón y la sangre conmueve, asimismo, el espíritu. Por eso es la belleza tan poderosa. Reina y domina conmovedora sin que jamás llegue a fatigar».

La belleza se hace diálogo abierto, plena reciprocidad en el amor. Así queda reflejado en el Cantar de los cantares y en la encarnación del Verbo donde aparecen la Luz y la Vida, el Amor y la Belleza de Dios en diálogo con la humanidad entera.

Tanto para el que cree como para el que no cree, la vida está constituida en diálogo. Mantener abierto el mirar, el escuchar y el responder es un desafío para el crecimiento.

Superar la ambigüedad y asumir las paradojas de la belleza

Hay bellezas múltiples y no todas son verdaderas y buenas. Hay bellezas seductoras, pero engañosas que hacen sucumbir. «Dios no es el único que se viste de Belleza, el mal lo imita y hace que la belleza sea profundamente ambigua». Dostoyevski, en su novela *Los Hermanos Karamazov*, pone en boca de Dimitri Karamazov estas palabras: «La belleza es una cosa terrible. Por ella pelean Dios y Satanás, y el campo de batalla es mi corazón». La belleza que contemplamos es esplendor derivado y, por lo tanto, no es inequívoca y puede ser manipulada, falsificada y utilizada. No está, pues, privada de ambigüedades y desviaciones. Puesto que siempre depende de la subjetividad humana, puede verse reducida a un estetismo efímero o dejarse instrumentalizar y esclavizar por las modas fascinantes de la sociedad de consumo. (Consejo Pontificio de la Cultura).

A veces se señalan como causas de esta ambigüedad la frivolidad, el esnobismo, la falsedad, la inmoralidad, la propaganda ideológica... Yendo al fondo de la cuestión nos hallamos con la disociación entre la belleza, la verdad, la bondad y la unidad. Así sucede cuando la belleza no vale por sí misma, sino como ornamento de atracción sensual o elemento utilitario.

Sólo se sale de la ambigüedad ante la belleza dejándose iluminar y acogiendo el bien y la verdad. La belleza se reconoce en la luminosidad de la vida, en su energía inspiradora y elevadora, en la mirada limpia, en el agradecimiento, en el corazón comprensivo y compasivo, en la benevolencia, en la solidaridad, en la armonía que busca la unidad y la paz. En la amistad se revela la belleza cuando, a pesar de las diferencias, se logra una unión que las envuelve y transforma⁶.

⁴ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, «¡Oh, Hermosura que excedéis/ a todas las hermosuras! /Sin herir dolor hacéis,/ Y sin dolor deshacéis». Poesía 3. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Can. 2. «Oh cauterio suave». FRAY LUIS DE LEÓN, *Oda VIII*: «Cuando contemplo el cielo/ de innumerables luces adornado, / y miro hacia el suelo/ de noche rodeado, /en sueño y en olvido sepultado, el amor y la pena/ despiertan en mi pecho un ansia ardiente/ despiden larga vena/ los ojos hechos fuente». RILKE, en la primera *Elegía de Duino* expresa: «la belleza no es nada / sino el principio de lo terrible, / lo que somos apenas capaces de soportar, / lo que sólo admiramos porque serenamente/desdeña destrozarnos».

⁵ Cf. J. M. BERGOGLIO, en A. Savorana, *Vida de don Giussani*, Milán 2014, 1034.

⁶ PÁVEL FLORENSKI escribe: «En las relaciones de amistad, el valor insustituible y con nada comparable de cada persona, su originalidad propia, aparecen en toda su belleza. En el otro Yo, la persona del uno descubre las propias dotes, pero espiritualmente fecundadas por la persona del otro». La columna y el fundamento de la verdad, *Sígueme*, Salamanca, 2010, p.381. Para ver las relaciones ética y estética, cf. VITO MANCUSO. *La forza di essere migliori*, Garzanti, Milano, 2019.

Ser consciente de la ambigüedad de la belleza es ya iniciar el proceso de adentrarse en ella y recuperar el interior. Es un modo de salir de la convulsión y adquirir la serenidad que produce haber encontrado el valor que irradia paz y armonía.

La belleza está llena de *paradojas* para el hombre que camina inquieto entre luces y sombras y quiere saciar su condición de buscador de la síntesis de este mundo que aún no está hecha. La belleza es paradójica cuando aparece el lado negativo, el mal, la fealdad, la corrupción; pero siempre hay un despunte que orienta hacia la plenitud a través de la lucha contra el mal. La belleza, unida a la verdad y el bien, evita toda tentación idolátrica y acaba con cualquier tipo de egoísmo. No sólo seduce, sino que pone orden en nuestra jerarquía de valores. No sólo suscita el asombro y la admiración, sino que intenta transfigurarnos, porque nos remite, a la vez, a las raíces y a la plenitud: en definitiva, a la Belleza. El Verbo, que desciende del Padre, se hace hombre, vive como uno de tantos y muere por nosotros, es quien embellece, ordena y contiene todas las cosas.

San Lucas describe la belleza de la vida y ministerio de Jesús, tanto en su evangelio como en los Hechos de los Apóstoles con gran sensibilidad, señalando las palabras y los hechos que hacen vibrar y ayudan a transformar; que reflejan y suscitan el asombro por las cosas increíbles que decía y hacía, y que, en medio de los acontecimientos, muestra la gloria del Padre. El mensaje de Jesús está lleno de paradojas. Por ejemplo: Para vivir, hay que morir (cf. Jn 12, 25); para recibir hay que dar (cf. Lc 6,38); al que tiene se le dará, y al que no tiene hasta se le quitará lo que hasta cree tener (Lc 8, 18); para ser los primeros hay que ser los últimos (cf. Mc 9,35); el que ensalza, será humillado y el que se humilla, será enaltecido (cf. Mt 23, 12). Y son muchas más.

Pero la gran paradoja es el mismo Jesús, el Hijo del Padre hecho hombre por amor a los hombres. Es el evangelista San Juan quien más subraya la debilidad, la fragilidad, la cruz, el esplendor, la gloria, la gracia: «Y nosotros contemplamos su gloria, gloria como de Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1 Jn 1,4).

Mirando a Jesús, pensando en su belleza, la liturgia le aplica estas dos referencias de la Revelación: «Eres el más bello de los hombres; en tus labios se derrama la gracia» (Sal 44, 3) y las palabras de Isaías en las que describe el aspecto del siervo de Yahweh: «Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, con el rostro desfigurado por el dolor» (Is 53, 2). Estas palabras evocan el momento de la pasión de Jesús. La transfiguración es una síntesis de la paradoja de la belleza de Jesús, quien anuncia su muerte y se transfigura ante los discípulos en todo su esplendor y su gloria (Cf. Mt, 17, Mac 9, Lc 9). Analizados los textos de los evangelistas rezuman la belleza de Cristo, su gloria y el cumplimiento de la alianza. En la nube está representado el Espíritu y el Padre que deja escuchar su voz solemne: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo» (Mt 17.5).

Cuando se asume la paradoja del misterio y se mira a Jesús, quedan purificados nuestros ojos y oídos, como les sucedió a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor. Jesús, el buen Pastor, el Pastor bello, resplandece por su amor incondicional (cf Jn 10, 11-18). El crucificado seduce no por la apariencia sino por el amor que transmite y, así, es como destruye toda frivolidad, egoísmo, fealdad. Jesús había prometido: «entonces brillarán los justos como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13, 43) y, en vísperas de su pasión, anunció: «cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). Ahora, con el corazón abierto, nos acoge y nos redime (cf Rom 8, 22-32).

Belleza que hierre y belleza herida

Thomas Mann decía que la belleza, como el dolor, hace sufrir. Entre las polaridades de la belleza está su condición de herir y ser herida. La película King Kong, dirigida por Peter Jackson, concluye: «Fue la belleza la que mató a la bestia». Ante la belleza descubrimos limitación, pobreza, indigencia y vulnerabilidad, pero también fortaleza y capacidad de elevarnos a lo más alto y superior. La belleza, cuando hierre, hace pensar en nuestro verdadero destino. Es cierto que, como dice Lepori: «la belleza hierre porque nos humilla, nos arranca la seguridad sobre la que pretendemos apoyarnos para sentirnos seguros y tranquilos. La belleza nos hace ser mendigos, y mendigos de algo inaferrable, de algo que no podríamos tener en nuestras manos». Tiene un poder catártico, purificador. Eleva hasta lo sublime, donde se hacen patentes los sentimientos de admiración, magnificencia y entusiasmo. Lo sublime, por un lado, hace patente la pequeñez y sobrecoge; por otro, dilata los sentimientos hacia la belleza extrema.

A veces, de repente, la Belleza hiere y se expresa en cantos tan hermosos como el «Cantar de los cantares», o los poemas de Santa Teresa, o San Juan de la Cruz o Fray Luis de León... ¿Quién no se siente herido ante tantos iconos o cuadros de María mostrando al Niño a los pastores, o ante la Piedad de Miguel Ángel (Vaticano), o ante el Doncel (catedral de Sigüenza), o ante el Cristo crucificado de Velázquez (Museo del Prado, Madrid) o ante el Retorno del hijo pródigo (Rembrandt, en el Hermitage, Sant Petersburg)?... Otras veces, sorprendidos por la fuerza del mal en nosotros, nos preguntamos ¿qué hemos hecho con la belleza de la naturaleza o la vida humana para maltratarla de esta manera?

Y ¿qué ocurre cuando herimos la belleza? El misterio se convierte en enigma; la admiración y el asombro, en huida y miedo. Entramos en el caos. La inseguridad nos envuelve porque nos falta la luz, la proporción y la armonía. Y, sobre todo, porque subvertimos la verdad, la bondad y la unidad.

La belleza queda herida cuando se obstaculiza el asombro. En realidad, el que queda herido es el hombre que se ciega y entorpece haciendo inviable la admiración. Se producen heridas en la belleza cuando se la utiliza, se hace negocio con ella, se maltrata la naturaleza, se desdibuja la imagen de Dios en la inocencia de los niños y en la dignidad de las mujeres, de los ancianos y de los pobres.

Pero las heridas más graves que infringimos a la belleza son las causadas por el olvido y la indiferencia. Probablemente el mayor pecado contra la belleza es el descuido y la inconsciencia, pues, estando envueltos por la belleza de la naturaleza, rodeados de ternura de las personas, instados a la contemplación por las obras de arte, ni nos dejamos impresionar. Dos días después de recibir el premio Nobel de la Paz en 1986, Elie Wiesel habló de la indiferencia y dijo: «Si hay una palabra que describe todos los problemas y amenazas que existen hoy día, es la indiferencia». En un momento exclamó: «Lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Lo contrario del arte no es la fealdad, es la indiferencia. Lo contrario de la fe no es la herejía, es la indiferencia. Y lo contrario de la vida no es la muerte, es la indiferencia. A causa de la indiferencia, se muere antes de que realmente llegue la muerte». De ahí, que la humanidad necesite videntes y despertadores de conciencias que alumbren el futuro de nuestra tierra y de nuestra historia, que estando llena de belleza, se halla ensombrecida por el egoísmo.

Recorrer el camino de la belleza con elegancia

En este tiempo de oscuridad y relativismo, existe el ansia de dar un salto de calidad y llegar a ser más humanos, más libres, más solidarios... y de lograr que la vida sea más bella. En el corazón humano late un recóndito e intenso anhelo que le hace exclamar: «Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve» (Sal 80,4).

Está claro que la vía de la belleza no es un mero indicador externo e inmóvil, sino un itinerario que hay que recorrer dejándose seducir e implicándose en su propio recorrido. Es «ordo amoris»⁷.

Recorrer el itinerario de la belleza exige algunos requisitos vinculados a las actitudes básicas del hombre creyente y, por lo tanto, del hombre libre. Y, cada una de ellas, han de estar marcadas por la elegancia. Esta vía de la belleza hay que recorrerla con elegancia. Digo con elegancia porque «elegancia» viene de elegir bien. Y no se trata de exhibir el último estilo de moda, sino de ejercer la verdadera libertad. María fue libre y afirmó su libertad en un sí ininterrumpido de continua fidelidad a la misión confiada y asumida como Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.

- 1. Estar despierto e incorporarse** —dos palabras que tomo de María Zambrano en su libro «Esencia y hermosura»—. Para ella, estar despierto «parece consistir en estar presente el sujeto a sí mismo; en su sentirse inmediatamente como uno». E «incorporarse», como entrar en el propio cuerpo, y entrar en ese otro cuerpo de la vida; extraño cuerpo que no tiene contorno, ni figura enteramente visible, cuya presencia es fluir, cuya manifestación primaria es seguirse. Incorporarse, cuyo sentido trasciende la acción de entrar en posesión del propio cuerpo, porque es entrar a formar parte de una totalidad de la que sólo es presente su fluir, su seguirse; a una totalidad que sólo deja ver un fragmento, a su vez, fragmentario».

⁷ «El amor, que hace que se ame bien lo que debe amarse, debe ser amado también con orden, y así existirá en nosotros la virtud, que trae consigo el vivir bien. Por eso me parece que la definición más breve y acertada de virtud es ésta: la virtud es el orden del amor». De *civitate Dei*, 15, 22. Según él, no bastaría conocer la ley, sino que hay que amarla y el amor se muestra en el cumplimiento. Otro tanto cabría decir sobre la belleza, que no es suficiente hacer sobre ella un juicio de verdad, sino involucrarse en ella por el amor. Emmanuel Mounier, emparentado con la corriente agustiniana y padre del personalismo contemporáneo, trueca este «ordo amoris» en otro axioma más amplio diciendo: «en última instancia, ser es amar». Desde otra perspectiva más amplia, cf. REMO BOLDEI, *Ordo amoris. Conflitti terreni e felicità celeste*, Il Mulino, Bologna, 1991.

Estas referencias nos sugieren que sólo quien vive y convive es capaz de abrirse a la belleza de la creación y de la humanidad. Sólo quien está despierto e incorporado es sujeto de sensibilidad estética. Quien permanece dormido, distraído, despreocupado, carece de sensibilidad estética; no vive ni convive, porque la vida es bella. Se deja llevar y arrastrar, pero no es dueño de su dirección y sentido. Y la belleza está para ser contemplada y amada y, por lo tanto, compartida. Sólo quien está vivo, «despierto e incorporado», y comparte la vida es capaz de asombrarse ante lo grandioso en lo pequeño que nos rodea o ante lo sublime que nos adviene y sorprende. Sólo a partir de esta experiencia podemos transparentar la gloria del Señor.

2. **Dejarse mirar y mirar.** No es tan fácil dejarse mirar, porque andamos con prisa, somos inmediatistas y buscamos nuestros intereses. Dejarse mirar es signo de transparencia, de reconocimiento de la propia pobreza y de aprecio de cuanto nos rodea. Sobre todo, dejarse mirar por Dios es dejarse amar. Romano Guardini oraba. «Tus ojos me miran constantemente y yo vivo de tu mirada». Cuidando la mirada, nos sentiremos seducidos por la belleza que está ahí y, a veces, negamos por falta de ajuste en la mirada. No podemos olvidar lo que San Pablo decía a los Romanos: «Lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista» (Rom 1,19). Si bien, para apreciar todo su resplandor y belleza es preciso ejercer la ascesis o purificación de la mirada. Son bienaventurados los limpios de corazón (Mt 5,8).
3. **Buscar, gustar y contemplar.** Son tres actitudes inherentes a la sensibilidad estética, que estamos llamados a cultivar. Buscar nos mantiene en estado de vigilia y nos dispone a la sorpresa. Gustar, que es tanto como saborear, disfrutar y dejarse transformar por la belleza. Contemplar que es mirar y hacerse uno con lo contemplado. La contemplación posibilita la receptividad. Nos hace acogedores y creativos. No sólo permite reconocer la belleza, sino identificarse con ella y comunicarla.

Dostoievski, en su novela *El idiota*, hace por labios del ateo Hippolit una pregunta al príncipe Myskin. «¿Es verdad, príncipe, que dijisteis un día que al mundo lo salvará la belleza? Señores —gritó fuerte dirigiéndose a todos—, el príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza... ¿Qué belleza salvará al mundo?». El príncipe no responde a la pregunta, igual que un día el Nazareno, ante Pilato, no había respondido más que con su presencia a la pregunta «¿qué es la verdad?» (Jn 19,38). Parece como si el silencio de Myskin —que con infinita compasión de amor se encuentra junto al joven que está muriendo de tisis a los dieciocho años— quisiera decir que la belleza que salvará al mundo es el amor que comparte el dolor.

Concluyo con cuatro afirmaciones, que son, a su vez, indicaciones para revivir y cultivar el asombro por la vía de la belleza. 1) La belleza es un don que ilumina, eleva y libera de toda esclavitud porque purifica todo afán de poder y de egoísmo. 2) La belleza insta a pasar del fenómeno al fundamento, de lo visible a lo invisible. 3) La belleza hace memoria de lo eterno en la Liturgia porque, en la vida sacramental de la Iglesia, el agente y protagonista es la Belleza misma⁸. 4) La belleza estrecha vínculos de comunión en el amor e impulsa a gozar de la comunidad de los redimidos.

Dios es la fuente de la belleza que fascina y transforma y quien hace que la belleza sea nuestra patria y nuestro hogar. La belleza que nos habita por dentro pide que hagamos un mundo que rebose de alegría y de paz.

⁸ «La belleza litúrgica nunca es mero *pulchrum* externo, sino expresión misma del significado de los sacramentos, es decir, expresión del *verum* de esa realidad sacramental que las palabras humanas no logran expresar. La liturgia nos invita a introducirnos y participar en un misterio que nos supera. Y Cristo, a través de símbolos, gestos, palabras y melodías, nos ayuda extendiendo su mano». EDUARDO CAMINO. *A Dios por la belleza. La via pulchritudinis*, Encuentro, Madrid, 2016, p. 122.



Texto pronunciado en el Acto Oficial de Clausura del Curso Académico 2021-2022 del Colegio Mayor Alcalá, perteneciente a los Misioneros Claretianos - Provincia de Santiago y adscrito a la Universidad Complutense de Madrid.

En Madrid, a 14 de mayo de 2022.